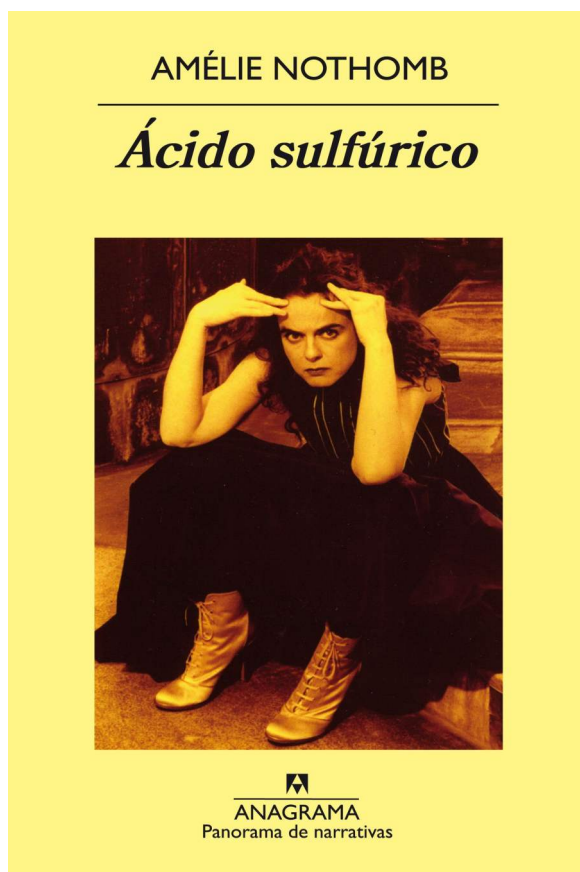


<https://doi.org/10.53766/CONTEX/2023.27.29.16>



Amélie Nothomb,
Ácido sulfúrico

México.
Anagrama.
2020, 167 Páginas.

Samy Zacarías Reyes García
Universidad Nacional Autónoma de México
samyzacarias@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2825-7222>



¿Cómo citar?
Reyes, S. "Amélie Nothomb, *Ácido sulfúrico*".
Contexto, vol. 27, n.º 29, 2023, pp. 225-229.

<https://doi.org/10.53766/CONTEX/2023.27.29.16>



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Digna de la crítica realizada por Guy Debord en *La sociedad del espectáculo* (1967), Amélie Nothomb, a través de *Ácido sulfúrico*, narra una sociedad que ha caído en el morbo como única forma de existencia. La moralidad ha sido desplazada por la curiosidad y el márketing, es decir, por los medios de comunicación que lo único que buscan es producir emociones intensas, adictivas, en sus compradores, sin importar que este espectáculo sea el del sufrimiento. Lo que importa de una acción no es si es buena o mala, sino los sentimientos que produce en quien observa; sentimientos que, de paso, no deben ser puestos en duda a través de la razón. Entramos a un mundo donde lo estético desplaza lo ético, al punto de que la muerte de un ser humano únicamente importa por los sentimientos que produce, no en su carácter de muerte justa o injusta.

Utilizando una expresión de Hannah Arendt, la novela es una muestra de cómo el mal se banaliza hasta el punto de que ya nada importa más que los sentimientos constantes, la producción de estímulos sensibles sin importar cuáles son los medios que los producen. ¿Una muerte, una deshumanización, la muerte de una niña y el asesinato de una anciana en televisión? Actos que solo tienen valor según el sentimiento que producen, no en tanto si es justo o injusto. “Llegó el momento en que el sufrimiento de los demás ya no les bastó: tuvieron que convertirlo en espectáculo” (p. 9).

En la Francia contemporánea, un grupo de personas son raptadas por un canal de la televisión: unas para ser parte de los kapos y otras, los detenidos. Los primeros tienen el derecho de maltratar a los segundos, de hecho, se les obliga a hacer esto. Todo esto como parte de un programa de televisión titulado *Concentración* que remite a los campos de concentración de la II Guerra Mundial, con la diferencia de que hay cámaras que graban a los apresados. Partiendo de este espectáculo de la violencia, Nothomb se propone a mostrar cómo el morbo es el gran sentimiento de la sociedad actual. De lo último resulta que los detenidos no tengan nombre, sino que sean números, porque no importa de ellos quiénes son, sino lo que pueden representar en la televisión. Son cosas, como objetos de placer, impersonales, que se pueden apreciar al punto de un cuidado exagerado, como se hace, por ejemplo, con una obra de arte o un objeto antiguo. De ahí que ciertos sujetos sean más apreciados que otros, como es el caso de CKZ 114, una mujer hermosa para la televisión que representa los valores de la belleza occidental, más que a un sujeto particular que será maltratada por los capos. De hecho, dentro del programa hay otros seres que representan valores culturales apreciados: una niña inocente, una anciana malévola, un maestro racional, un par de mujeres flacas y débiles y hombres fuertes que se irán quebrando por medio de la violencia. De lo que se trata es de deleitarse con el morbo que produce ver la destrucción de lo que más amamos: nuestra sociedad y sus valores culturales, incluyendo la justicia.

Bajo este deseo por la destrucción de todos los valores, rasgo de un nihilismo negativo, Nothomb produce un escenario cada vez más decadente. En principio, CKZ 114 juega el papel de protagonista: es hermosa y parece seducir a todos los que la observan, sean hombres o mujeres. Su seducción es tan fuerte, que produce admiración en una de las kapos, Zdena. Esta kapo representa, al contrario de CKZ 114, la decadencia del sujeto: no se cree importante, no ve en ella misma una identidad o una historia valiosa, de esto resulta que sea la más violenta contra CKZ 114, que parece su antagónica. La destrucción de CKZ 114 se vuelve una especie de intento de hacer del mundo lo que la propia Zdena representa; Zdena es, por consiguiente, el propio televidente impersonal, sin valor, dentro del juego televisivo. De ahí también que la rechacen y, al mismo tiempo, durante toda la novela, Zdena sea tan importante. La rechazan al igual que se reflejan en ella; destruyen a la diferencia en el sentido de que envidian en CKZ 114 su posibilidad de ser persona.

CKZ 114 es persona. Esta es su característica principal: no ha sido, a pesar de todo, reducida a cosa. Su belleza recuerda su humanidad, va unida. De ahí que Zdena se obsesione con saber el nombre de esta mujer. Al final lo consigue, en medio de un acto heroico producido por CKZ 114 para defender a una mujer que la mandarían a asesinar por haber adelgazado mucho. El nombre de CKZ 114 es Pannonique; la revelación de su identidad produce que los espectadores y productores del programa ya no puedan matar o torturar a alguien que carece de identidad; Pannonique recupera su singularidad al revelar su identidad. Pero no solo eso, Pannonique no quiere ser única, sino que su carácter de persona implica aceptar que sus otros compañeros son iguales que ella, aunque no conozca sus nombres. Ella, en ese sentido, teniendo la consciencia de la humanidad, se considera en un principio el Dios, un ser con identidad capaz de salvar a los demás del olvido, de la borradura, de la deshumanización. Esto implica que Pannonique debe sacrificarse para salvar a los otros. Su mayor reto es utilizar su propia identidad para permitir que los otros alcancen la consciencia de la individualidad y, a la vez, la colectividad que su sacrificio significa.

Amelie Nothomb replica de nuevo los problemas de otras de sus novelas: la identidad, el placer humano, la diferencia, la implicación con los otros y, sobre todo, la importancia de actuar, de ser libres, de defender la libertad hasta en los lugares más imposibles, como puede ser un campo de concentración. Pero *Ácido sulfúrico* propone una crítica de fondo: ¿qué significa ser un humano en medio de una sociedad del espectáculo? Es aquí donde el despliegue filosófico entra en el plano de la ética, pero también de la crítica, de la capacidad de ser diferentes a como hemos venido siendo. La identidad, como expresa Pannonique, es más bien algo situacional

y activo, algo que cambia según donde nos encontremos, pero que debemos constantemente modificar y producir de modo consciente. En una sociedad del espectáculo, se espera que banalicemos el mal, que leamos asesinatos y millones de muertes en los periódicos y la televisión con los brazos cruzados, pero ¿qué pasaría si nos movilizáramos para impedir este tipo de atrocidades? No basta la queja, el disgusto, el decir, como muchos televidentes en la novela, un “Yo no haría eso” o “¡Esto es terrible!”, hace falta la acción heroica que detiene una máquina de masacres.

El héroe de Amélie Nothomb es aquel que realiza una acción porque es justa, necesaria, no porque quiera ser galardonado. En algún momento Pannonique le dice a Zdena que “eso es el heroísmo: a cambio de nada” (p. 160). Una sociedad que ha producido individuos que actúan solo por el aplauso, el reconocimiento, la obtención del poder o la gloria, no es capaz de producir actos heroicos donde lo que importa no es el yo, sino el otro que nos necesita. El otro: de eso se trata esta novela; de cómo en el siglo XXI el otro ha quedado como una cosa, un espectáculo, un objeto de morbo o de placer, un ser sin rostro, sin identidad, un número más de las cifras atroces o de la colección personal de amantes de un yo ególatra. Contra esta banalización de la vida ajena, Nothomb propone la heroicidad contemporánea, la actividad justa antes que la placentera.

Pannonique representa la ética, en cambio, Zdena la estética, el triunfo del placer propio antes que la felicidad colectiva. Al final de la novela, Zdena se da cuenta de que nada ha cambiado en ella: sigue sola y quizás triste, sin ser amada, sin poseer a nadie. Pero Pannonique le recuerda que, gracias a ella, a esa Zdena que ha decidido no ser Kapo y ayudarles a salvarse, los demás pueden ser personas y ella, darse la oportunidad también de encontrar su identidad. Su acto potencializa la libertad colectiva, en vez de la individual; su acto es liberador, más allá de que ella sienta placer. La justicia, por consiguiente, no es una cuestión estética, sino más bien justa, necesaria. Esto no quiere decir que los personajes no sientan placer al hacer el bien; Pannonique lo siente cuando ayuda a sus compañeros dentro del programa, pero muchas veces lo justo puede producir sufrimiento en el yo, aunque eso libere a los otros, de ahí que la metáfora favorita de Nothomb para expresar esto sea la figura de Simón de Cirene que tuvo piedad por Cristo, aunque esto significara cargar la cruz más pesada de Israel.

Reflexiva como siempre, contemporánea y rápida de leer, Amélie Nothomb nos recuerda que la sociedad debe cuidarse de los placeres, lo cual no significa abandonarlos: de lo que se trata es de lograr una armonía entre el placer y lo justo. Si esto no es posible, si seguimos en la sociedad del espectáculo, el mundo seguirá siendo una máquina de producción de muertos, una tanatopolítica donde la

morbosidad, ese sentimiento tan contradictorio de lo humano, reine sobre todos nosotros. El peligro, por consiguiente, es olvidar que antes que seres morbosos, placenteros, vivimos con los otros y los otros son, en primera instancia, aquellos que nos permiten definirnos en nuestra diferencia. En un mundo donde el otro desaparece, ¿cómo podremos reconocer nuestro nombre?, ¿cómo podemos decir Yo? La justicia por el otro es lo que nos permite, en una última instancia, poder seguir siendo nosotros mismos y eso significa, finalmente, saber cuándo realizar un acto heroico para ayudar a los demás a existir junto a nosotros.